

CAPÍTULO IV.

El santo amor en la familia.

Toda la familia cristiana dominada por la fuerza perfectiva de la gracia.— Es dueña de todos los corazones por el santo amor de Dios;—establece el reino de Dios reconocido y manifestado por la religión del hogar.— 1.º Unión de los corazones en la familia cristiana.—El amor divino es la puerta real y bienhechora por la cual Dios entra como dueño;—Él reina y transforma las personas,—bendice los trabajos,—regula las alegrías,—consuela los pesares,—decide las vocaciones.—2.º La sumisión de la familia cristiana al reino de Dios, demostrada por actos colectivos que constituyen la religión del hogar.—Qué es esta religión.—Su grandeza y sus beneficios.—Por qué hemos pintado el matrimonio ideal.

LA gracia en el matrimonio, cuyas influencias hemos estudiado hasta aquí, ¿tiene algo más que hacer, después que ha perfeccionado el amor paternal y maternal? Parece que pasando de la unión conyugal á la vida común, y de ésta al gobierno doméstico, ha recorrido todas sus facetas y llenado su misión. Es verdad; pero este astro luminoso y fecundo puede aún ser objeto de un interesante y provechoso estudio. La familia cristiana toda entera está dominada por su fuerza perfectiva, y no podemos hacernos cargo de ésta, sinó examinando su efecto supremo.

¿Cuál es éste? Lo hemos dicho ya al exponer el plan general

de este libro: la gracia en el matrimonio perfecciona el amor natural, porque hace prevalecer sobre todos los afectos humanos, el santo amor de Dios. Dueña de todos los corazones por este santo amor, establece en la familia el reinado de Dios, reconocido y manifestado por la religión del hogar. El desarrollo de esta idea terminará la explicación del texto del Concilio de Trento que nos ha servido de punto de partida. *La gracia perfecciona el amor natural.*

§ I.

EL REINO DE DIOS EN LA FAMILIA CRISTIANA.

Buscarase en vano el santo amor y el reino de Dios en las familias en las cuales el sacramento del matrimonio, sin haber sido profanado, sólo ha sido respetado á medias. En el capítulo quinto del primer libro dijimos ya cuáles eran las amarguras y los peligros que afligian estas uniones desventuradas, en las cuales la fe de una mujer lucha contra la indiferencia ó la irreligión: á fuerza de valor, y sostenida por la gracia que ha recibido en su corazón fiel y puro, esta pobre mujer tal vez conseguirá que se tolere á Dios, pero no podrá soñar siquiera en que sea el Señor quien reine en la familia.

Aun entre las familias en las cuales los esposos sinceramente cristianos han sido santificados por la gracia del sacramento, el reino de Dios no es siempre igualmente considerado: padre, madre, hijos, cada uno cree y practica, pero cada cual arregla á su manera su vida religiosa. Allí existe cierta separación entre lo sagrado y lo profano; casi pudiera decirse, que la hay entre la Iglesia y el Estado. En la vida colectiva sólo se trata de todo lo referente al buen orden, la honra, los intereses de la familia: no circula de un corazón á otro la corriente sagrada del amor de Dios. Se conoce que éste no falta en dicho hogar; pero sin embargo, no reina en él.

El reino de Dios sólo se ve en las familias absoluta y completamente cristianas, en las cuales la gracia del sacramento embarga todos los corazones y produce su efecto supremo. Ella ha perfeccionado el amor conyugal, el amor paternal y maternal:

pasando de los padres á los hijos, transmitiendo la vida, perfecciona el amor filial: todos están unidos por su santa unción, todos se aman sincera y tiernamente. Pero estos afectos humanos no se limitan á buenos cuidados y al cambio de tiernas caricias, que son el desahogo del corazón y el formar el encanto de la vida de familia: allí hay más, la gracia les une en el santo amor de Dios. Este amor todo lo domina y á todo se extiende: es el camino real, la puerta bienhechora por la cual Dios entra como Señor en la familia cristiana, transformando las personas, bendiciendo los trabajos, regulando las satisfacciones y las alegrías, consolando los pesares, decidiendo las vocaciones.

El padre y la madre son ya grandes en el orden de la naturaleza, porque son los autores de la vida, y los protectores visibles de este pequeño mundo que han hecho salir de sus entrañas; pero el amor de Dios les hace aún más grandes. Sintiéndose más unidos á Él, quieren ser su más perfecta imagen: usar sólo del poder creador que les ha comunicado, según su santa voluntad y para cumplir sus designios; llenar la misión providencial que les ha confiado, desarrollando los dones que Él les otorga para el acertado gobierno del hogar: la prudencia, la fortaleza, la bondad. Estos padres están tan penetrados de su misión, y están tan sumisos á Dios, que á los ojos de sus hijos, sufren completa transformación. Estos, desde que la fe ilumina su débil razón, desde que el amor de Dios empieza á invadir su corazón, descubren en sus padres una divina fisonomía, que les inspira respeto, al tiempo que infunde confianza. Todos los beneficios que reciben de su amor les parecen dones de Dios; todas las órdenes que aquéllos dictan, las consideran órdenes de Dios. Ellos mismos, estos hijos queridos, á los ojos de sus padres sufren también transformación. La naturaleza no puede ver en ellos sino los frágiles vasos de la vida que han recibido de sus padres: el amor de Dios penetra hasta el fondo de su alma, y descubre el vaso precioso de la vida que han recibido de su Padre celestial. Desde el jefe de la familia cristiana, hasta el último retoño de este árbol bendito, Dios es amado, Dios reina.

Reina, y bajo su protectora mirada, la vida de familia sigue su tranquilo curso, mientras Dios bendice todos sus actos. El trabajo es en particular el objeto de su real cuidado, ya que en ninguna parte se comprende mejor su necesidad que en la fami-

lia cristiana. Es la ley de nuestra naturaleza, que tiene sus raíces en Dios mismo. Si, el Dios á quien la Iglesia llama *el obrero supremo*, que detesta las vidas ociosas y que en el origen de los tiempos, cuando la naturaleza espontáneamente fecunda parecía invitar al hombre al descanso, le impuso el trabajo; ley primordial, al rededor de la cual se agrupan, después de la caída de nuestros primeros padres, la ley de la expiación y la ley de la preservación. Para purgar el pecado son necesarias las penas; el hombre no necesita buscarlas en otra parte que en el trabajo mismo, que en el seno de la naturaleza ingrata y rebelde, se convierte en la más común y más eficaz de las mortificaciones, porque es de cada día, de cada hora, de cada instante; para preservarse del pecado es necesario que la actividad humana tenga un empleo legítimo; ¿y cómo podrá emplearse mejor que en el trabajo?

Estas rudas, pero benéficas verdades, son la regla de vida de las familias cristianas. Padre, madre, hijos, todos se someten de buen grado á la voluntad del Señor que ordena á todos la santa actividad del trabajo cotidiano. Si en otras familias el trabajo es como un canto melancólico, cuya rudeza dulcifican apenas algunas notas de resignación, en la familia cristiana es un himno de amor, himno de amor, para los que lo ejercitan y para Dios que lo glorifica. Si pesa de una manera demasiado fuerte sobre el alma y el cuerpo fatigados, Dios está allí, se inclina hacia el que sufre y le conforta con dulces promesas: —¡Valor, hijo mío, le dice, valor!; todos los instantes de tu trabajo, todas las gotas de tus sudores, todos los desfallecimientos de tu naturaleza, son contados; todo tendrá su eterna recompensa, y un día yo mismo seré tu descanso.—Si la naturaleza, demasiado ávida en las ganancias, y demasiado aficionada á multiplicar los frutos del trabajo, alguna vez deja de ser menos atenta ó respetuosa á los derechos que debe respetar y á sus intereses eternos, Dios está allí. Con tiernos reproches, recuerda á su siervo que las más grandes empresas son inútiles y aun funestas, si no tienen la justicia por regla y el cielo por aspiración. En los excesos, como en los desfallecimientos del trabajo, Dios está presente vigilándolo todo, gobernándolo todo, santificando los generosos esfuerzos de la familia cristiana, y bendiciendo los frutos de su trabajo.

Dios reina, y todas las satisfacciones que resplandecen en el hogar doméstico y que son fruto de su amor, se elevan hacia Él como en acción de gracias. El concierto matutino de la naturaleza saludando la salida del sol, es una imagen de la pura alegría de las familias cristianas. Dios permite la expansión de los corazones y de los placeres inocentes, pero sujeta la alegría con delicados límites, cuando sus excesos podrían convertirse en un desorden ó en una ofensa. *Alegraos en el Señor* (1): esta es la divisa de los hogares en que Dios es amado: allí se desconocen los placeres peligrosos y las diversiones sin tasa que el mundo prodiga: la familia cristiana es dichosa, alegre, expansiva, porque el santo amor de Dios purifica el gozo en todos los corazones. Esta alegría, como el trabajo, es un himno al Señor venerado que la regula y la santifica.

Dios reina; la aflicción, el dolor son las ocasiones en que hace sentir mejor su presencia y su poder bienhechor.—La aflicción ¡ay! penetra en todas las familias: más tarde ó más temprano hay que esperar en encontrarse frente á frente con esta cruel visita. Y cuando ella hiere los corazones, ¿quién puede consolar ó aliviar sus sufrimientos? Contamos con los afectos humanos y éstos pueden sernos de algún alivio; por esto, dice un antiguo autor: «Se encuentra cierto deleite en sufrir, cuando se llora sobre el seno de un amigo, porque allí siempre hay aliento é indulgencia (2).» Pero los mejores amigos muy pronto se cansan de consolar, encuentran importuno al dolor, y esquivan sus desahogos. Pero cuando el corazón de aquellos á quienes amamos sufre la misma pena que el nuestro, cuando el pesar se encuentra en una familia en la cual todos los corazones sufren por una misma aflicción, ¿de dónde vendrá el consuelo? Ah! sin duda es muy dulce el amar y el ser amado en la aflicción; pero también acrecienta la pena el ver afligidos á los que amamos, y esto basta para que en los afectos puramente humanos entre la desesperación.

Este lúgubre compañero del dolor no penetra jamás en las familias cristianas; porque en ellas todos los corazones que sufren, apoyados el uno en el otro, se vuelven conjuntamente hacia Dios. El santo amor que les une y les atrae á un mismo consolador, les hace amar en su aflicción los misteriosos designios de un Señor, que une siempre su misericordia con la prueba. Movidos á un mismo tiempo por la gracia, cambianse en el seno de

estas familias estas consoladoras frases: «Sufrimos; pero Dios no ha dejado de amarnos.—Los que tienen la dicha de serle agradables, deben serle fieles en la tribulación (3). Suframos como el divino paciente, á cuya cruz estamos abrazados, y seremos glorificados como él (4).—Suframos; el dolor sólo tiene un tiempo, y será recompensado con la gloria eterna (5).»—Dios es quien habla á estos corazones cristianos. Las familias en que está establecido su reino, se acostumbran á ese lenguaje de amorosa resignación. La muerte misma, la muerte tan inhumana y tan cruel, no engendra aflicciones incurables, porque Dios viene á consolar los corazones que aquélla ha destrozado. Bajo sus golpes la naturaleza queda desolada, es verdad; pero la gracia se derrama como un bálsamo divino, por mano invisible sobre todas sus heridas. Cerca de los despojos de un hijo arrebatado demasiado pronto al amor de sus padres, los corazones cristianos oyen cantar á los ángeles:—*Dios le ha llamado temprano, temiendo que la malicia del siglo pervirtiese su alma pura* (6). *Dichosos aquellos que son llamados á las bodas del Cordero.*—Encima del lecho fúnebre en que acaba de espirar un esposo ó una esposa, un padre ó una madre, se ciernen los recuerdos de su santa vida y de su muerte más santa aún; y mientras los ojos lloran, los corazones afligidos se alientan con estas consoladoras palabras:—*Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!* (7) Nosotros también iremos á la casa de Dios (8), y todos exclaman:—¡Oh, Dios, á quien todos amamos con un mismo amor, vos sois el Señor, hágase vuestra voluntad! *Fiat voluntas tua.*

Sí; Dios es el Dueño, Dios reina en la familia cristiana. Su Divina autoridad, siempre activa y presente, declaráse sobre todo cuando decide las vocaciones, é impone si es necesario, para el cumplimiento de sus propósitos, sacrificios á los cuales se someten de buen grado los corazones santificados por la gracia. *He adquirido un hombre por Dios* (9), dijo nuestra madre Eva al estrechar su primer hijo sobre su corazón; y al decirlo no olvidaba al padre común, de quien procede y á quien pertenece toda criatura. ¡Cuántos padres ahogan aquella exclamación de nuestra primera madre: he adquirido un hombre por Dios! y se limitan á decir:—Tenemos un hijo!; su inteligencia, sus encantos y sus cualidades, quieren que sean exclusivamente suyas, y disfrutan de aquél tanto como pueden, pretendiendo disponer so-

beranamente de su porvenir; y si Dios trata de hacer valer sus derechos sobre este primogénito adorado, sus corazones se afligen, se lamentan y reprochan al cielo sus severidades. Si un hijo quiere consagrarse á Dios, se considera como una desgracia inmensa, y parece como si un monstruo quisiera devorarlo; sin embargo, hay noventa y nueve probabilidades sobre cien de que sea feliz. Ofrécese un matrimonio que obliga al hijo á trasladarse á dos ó trescientas leguas; nadie se queja, á pesar de que hay noventa y nueve probabilidades sobre cien de que sea desgraciado. Esta toma de posesión del hijo con exclusión de los derechos de Dios, es grata al mundo. Pero esperemos; llega el día en que el hijo pretende ser dueño de sí mismo, se rebela contra las caricias egoístas que le abruma; las encuentra ridículas, y se burla de ellas. ¡Dolorosa revancha de Dios! ¡Fuente de lágrimas y de pesares inagotables de la familia! Pero, ¿por qué se quiere burlar al dueño de la vida?

Este crimen es desconocido en las familias en las cuales el santo amor domina y regula los afectos humanos. Conocedores de los derechos de Dios, así los padres como los hijos interrogan su voluntad y esperan sus órdenes. Nadie empieza el camino de su porvenir, sin haber consultado los designios de Dios: sea lo que quiera, lo que éste resuelve, todo se acepta, y desde el momento que decreta alguna separación, por cruel que sea; ninguna voluntad se rebela contra la suya; sufrirán los corazones, pero permanecerán siempre esclavos del grande y supremo amor que hace valer sus derechos.

¿Queremos ver á la familia cristiana en la hora del sacrificio? Héla ahí:—Cuando Juana de Chantal, dejando el mundo por el claustro, se arrojó á los pies de su padre para despedirse de él, el venerable anciano levantando al cielo sus manos temblorosas y sus ojos bañados en lágrimas, exclamó:—«Oh, Dios mío, no me corresponde hacer la menor observación á lo que vuestra Providencia ha decretado; lo acato con todo mi corazón y con mis propias manos y sobre el altar de vuestra voluntad, sacrifico esta hija única, á quien amo tanto, como Isaac era amado de vuestro siervo Abraham.» Y después de haber bendecido á su hija, le entregó para el Obispo de Génova, esta carta sublime:—«Monseñor; este papel debería estar escrito más con lágrimas que con letras, puesto que mi hija, que era todo mi consuelo en este

mundo y el descanso de mi triste vejez, se va, dejándome padre sin hija. Sin embargo, me resigno conforme á la voluntad de Dios. Y puesto que Él quiere que mi hija esté á su servicio en este mundo, y conducirla por este camino á la gloria eterna, me consuela el demostrar, que amo más esta sumisión y el reposo de mi conciencia, que mis propios afectos.»

¿No es admirable este anciano en su aflicción? No admiremos menos la fe del viejo soldado, que mientras todo el mundo se deshacía en lágrimas al profesar su hija, decía sonriendo á uno de sus amigos, admirado de su serenidad:—«¿Cómo quieres que llore, cuando Dios hace entrar á uno de mis hijos en su familia y que Jesucristo es mi yerno?»

¡Corazones heroicos, corazones sublimes, ellos son el más magnífico y más conmovedor testimonio de la fuerza perfecta de la gracia, y del reinado de Dios en la familia cristiana!

§ II

LA RELIGIÓN DEL HOGAR.

¡Dios reina!—Acabamos de ver, cómo ejerce su soberanía en el pequeño mundo en que ha penetrado la gracia. Cada individuo de la familia cristiana se somete voluntariamente y de buen grado á este Señor adorado; pero esta sumisión, no es un secreto que se oculte en el fondo de los corazones, sino que se demuestra por actos exteriores y colectivos, cuyo conjunto constituye lo que llamaremos, la santa religión del hogar.

Como lo hemos hecho notar antes, puede haber en una familia religión, ideas y sentimientos cristianos: la fe brilla en sus almas, pero como en un lugar cerrado, del cual se teme salga la luz. Ciertas susceptibilidades, timideces ó escrúpulos equivocados impiden que se hable entre sí con libertad, de las verdades y de los misterios á los cuales cada uno en particular presta su adhesión. Todo esto será bueno para la vida íntima é interior, pero no lo será para la vida externa y común. Algunos creen que la observancia de las leyes de la Iglesia, debe estar rodeada de una multitud de precauciones que la hagan menos ostensible, y cuando se quiere ponerse en relación con Dios por medio de la oración, se cree que se está mejor detrás de una puerta bien ce-

rrada, ó en un pequeño rincón. Todo esto, sin duda vale más que nada, pero como lo hemos dicho antes, no se ve con ello que Dios reine allí.

En la familia cristiana, este reino se reconoce manifiestamente por el libre y ostensible ejercicio de actos religiosos que constituyen un punto colectivo. El hogar no es tan sólo un sitio discreto, en el que al abrigo de las miradas profanas, se realizan los actos íntimos de la vida doméstica, sino que en ciertos días y en ciertas horas, es un templo en que todos los corazones se unen, para tributar á Dios los deberes del santo amor. Entre todos los miembros de una familia verdaderamente cristiana, la fe tiene su lenguaje franco y su generosa expansión: los padres enseñan á sus hijos y los abuelos á sus nietos, las verdades que un cristiano debe saber. En la vida común, las conversaciones más interesantes son aquellas en que se trata de Dios, de sus perfecciones, de sus beneficios, de sus intereses y de su gloria; y se considera una dicha, el instruirse y edificarse mutuamente. Las leyes de la Iglesia, son reglas de vida á las cuales todo el mundo obedece por completo; se hacen advertencias para no olvidarlas y se alientan mutuamente para observarlas con fidelidad. Las fiestas cristianas son días de reposo y de alegría que preparan á las almas cristianas, para el descanso y la alegría de la fiesta eterna: así se ve á la familia unida en la misma fe, el mismo amor y las mismas oraciones, tanto en el altar como en el hogar.

En efecto; las fiestas de la Iglesia, no son para la familia cristiana sino la ampliación, la celebración más solemne de un culto cotidiano, al cual prestan su piadoso concurso todos sus individuos; todos los días, á la hora en que cesan los rumores y las agitaciones de la vida exterior, á la hora en que Dios pide cuenta de la jornada antes de bendecir su descanso; á la hora en que el sueño va á separar á los padres de los hijos, arrodillados todos ante un crucifijo ó una santa imagen, unen sus corazones en una misma adoración, una misma acción de gracias, una misma súplica, y elevan juntos sus votos hacia Dios. Después de fervorosas invocaciones, interrumpidas por el silencio y el recogimiento de un examen, en el cual cada uno indaga sus faltas para purificar mejor sus labios y su corazón, la admirable y conmovedora oración del Salvador viene á ser como un concierto, en el cual se exhala en cierta manera toda la vida religiosa de la familia cris-

tiana. Delante de Dios, sólo hay hijos que exclaman: *¡Padre nuestro!* Padre de los que han dado la vida, Padre de los que la han recibido, Padre cuya gloria brilla en la frente de los padres, Padre cuya imagen esta grabada en el alma de los hijos, Padre cuya vida circula en toda la familia cristiana. Amo y Señor de todos, pero con el dulce nombre y la tierna bondad de un padre; Padre por el cual olvidase un momento la tierra y todas las miserias, y á quien se va á buscar en los cielos: *Padre nuestro que estás en los cielos.* Para él toda honra, toda alabanza, toda acción de gracias, *Santificado sea tu nombre.* Para él la honra de la perfecta sujeción á sus designios y á su acción providencial, *Hágase tu voluntad.* Sumisión completa de todas las criaturas, de las cuales es el rey invisible é inmortal, *Venga á nos el tu reino.* Este reino, está establecido ya por la gracia y el santo amor en la familia cristiana y se fortalece aún más con sus beneficios. De este rey celeste, de este rey paternal, que preside y manda en el hogar se espera el pan de cada día, el perdón de las ofensas, la fortaleza contra los enemigos de la salvación, y el estar libres de los males del alma y del cuerpo. Cada uno pide estos bienes más para los otros que para si; y todos como envueltos en un manto, penetrados de los efluvios de la oración común, sienten aumentar su confianza en la Providencia, desvanecerse las sombras que sobre su amor habian levantado las inevitables diferencias de una vida colectiva, engrandecerse su valor para la lucha, y su paciencia para hacer frente á los males de la vida. Todos se realzan, se sonrien, se perdonan, se abrazan y se dan el uno al otro *él á Dios,* que acaba de escucharles y bendecirles.

Nada hay tan edificante, como esta santa religión del hogar, como nada hay tan poderoso, como el irresistible clamor de un pueblo, reunido para reconocer solemnemente los derechos de Dios. Nuestro Señor ha garantizado con su palabra el poder de la oración, pues ha dicho: *Pedid y se os concederá* (10). Más aún, ha prometido estar mucho más eficazmente presente, en medio de aquellos que se reúnen para invocarle (11). Todo acto solitario de un alma religiosa es una buena obra; pero la fuerza de esta obra se acrecienta en la familia cristiana, no por una simple adhesión de actos de cada uno, sino por una misteriosa multiplicación de energía que dimana de la divina complacencia, con la cual Cristo asiste á la oración común. *El Padre nuestro* de la familia cristiana, es para ella una verdadera fuente de bendiciones.

Estas bendiciones son visibles, en la raza fiel que sale de los hogares cristianos: la generosa y habitual expansión de la fe, la preserva de los pueriles temores al respeto humano, como el santo amor acrecentado cada día por el piadoso concierto de los actos religiosos, la tiene dispuesta á servir todas las causas nobles y justas. La Iglesia va á buscar en aquella raza sus más intrépidos defensores, como de ella recibe la nación sus más útiles y celosos ciudadanos.

Aun para las almas de los desgraciados que han frustrado las esperanzas de la familia cristiana, la religión del hogar guarda un misterioso poder, por el cual un día serán dichosamente vencidos. En todos los santuarios domésticos en los cuales han dejado un lugar vacío, no se reúnen jamás sin pensar en el infiel, todos los que le han amado: el amor, los deseos, las oraciones, salen de todos los corazones como flechas inflamadas y vuelan tras él: he ahí cómo súbitamente, el infiel se siente detenido por una mano invisible, en medio de los extravíos de su vida pródiga; algunas sombras desconsoladoras se le aparecen en medio de la noche oscura en que está sumido; le parece oír las voces de su padre, de su madre, de sus hermanos, de sus hermanas, repitiendo cerca de su corazón perturbado: *¡Padre nuestro!* Su infancia, su inocencia, sus emociones y sus goces de familia vienen á su memoria; solloza, ora, y es vencido: el recuerdo de la religión del hogar ha triunfado.

Después de haber leído todas estas consideraciones sobre la acción de la gracia, la santidad y los deberes del matrimonio cristiano, ¿se nos reprochará aún, el habernos mantenido lejos de las realidades de la vida conyugal? Se dirá tal vez, que estas perfecciones del amor, si son ciertas en teoría, no lo son tanto en la práctica. El amor puro y fiel en la unión conyugal, el amor paciente y abnegado en la vida común, el amor de los padres, iluminado y dirigido siempre por la gracia en el gobierno doméstico, el santo amor estableciendo el reino de Dios en la familia, y haciendo resplandecer la religión del hogar, son otras tantas cosas perfectas, propias sólo del matrimonio ideal.

No pretendemos haber querido elevar á los esposos cristianos hasta tanta altura; como otros, hubiéramos podido pintar las deformidades y los desórdenes del amor conyugal, pero hemos creído, que era mejor demostrar que estimamos á nuestros lec-

tores, y que no desesperamos de poder conducirles á la perfección. Cuando se quiere estimular el talento de los verdaderos artistas, no se les presentan caricaturas, ni exageraciones, ni cuadros de un realismo vulgar, sinó obras maestras, en las cuales vive y palpita el ideal. Antes que presentar cuadros, en los que se pintasen mejor ó peor algunas de las faltas que deshonran al matrimonio, y que hubieran hecho exclamar:—Yo valgo más que esto,—hemos preferido ofrecer el modelo que es necesario imitar. Entre tanto, prometidos y esposos, *mirad, considerad y obrad según el sagrado ejemplo que os he presentado (12)*; tal vez no llegaréis á copiarle fielmente. Pero si hemos podido obtener que os corriáis en vuestros matrimonios y en vuestras familias, de todo lo que es contrario al tipo cristiano; si hemos podido decidirlos á aprovecharos de la gracia que habéis recibido al casaros, gracia de la cual vosotros mismos habéis sido los ministros, muy pronto os convenceréis de la verdad de estas palabras del santo Concilio de Trento: *La gracia perfecciona el amor.*